



EL BARCO
DE VAPOR

Leandro, el niño horrible

Anna Manso

Ilustraciones de Beatrice Blue



Primera edición: enero de 2012
Quinta edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Leandre, el nen horrible*
Adaptación al castellano de la autora

© del texto: Anna Manso, 2004
© de las ilustraciones: Beatrice Blue, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9152-1
Depósito legal: M-87-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A todos los niños y niñas
que se miran al espejo y no se gustan.
Porque no todos los espejos dicen la verdad.*

*A mis lectores personales:
Júlia, Ricard y Quim.*

● 1

EL FLECHAZO

LEANDRO ERA UN NIÑO HORRIBLE. Tenía la nariz arrugada como una cagarruta de perro y la boca más grande que el culo de un hipopótamo obeso. Los dientes le habían crecido en tantas direcciones que la boca parecía una lluvia de meteoritos. El pelo era de color de patata podrida. Los ojos miraban uno al sur y el otro al este. Las orejas de soplillo lucían redondas y erguidas, como dos antenas parabólicas. Y tenía las piernas tan delgadas y esmirriadas como dos espaguetis reblandecidos.

Leandro era un bromista. Le gustaba asustar a la gente apareciendo en los lugares más insospechados. De repente, tras un buzón, Leandro emergía gritando: «¡Uuuh! ¡Soy Leandro! ¡Soy horrible!». La gente aullaba asustada, y Leandro se partía de risa al ver cómo echaban a correr.



Porque Leandro estaba convencido de que era una gran suerte el haber nacido tan feo.

–Cuando sea mayor, trabajaré de actor y seré famoso –afirmaba un día.

–Cuando sea mayor, seré el propietario de unos grandes almacenes. Recibiré a la gente en la puerta y todo el mundo acudirá en masa para verme –añadía a la mañana siguiente.

Un día, Leandro se enamoró de la niña nueva de la clase. Ya no asustaba a la gente. Ya no hablaba.

Miraba y remiraba a su amada en silencio y escribía mil veces su nombre: Cordelia. Leandro



no se había enamorado nunca. Pensaba que con las niñas era divertidísimo jugar a ping-pong, cambiar cromos de la colección *Las hormigas carnívoras* o contarse películas de terror. O sea, hacer mil cosas, pero ¿enamorarse de ellas? ¡De ninguna manera! El amor, pensaba Leandro, era una me-
mez de adolescentes atontados. Y tan firmemente lo creía que ahora no sabía qué hacer con su amor por Cordelia.

Leandro se pasó el día con la mirada clavada en Cordelia. La mesa de Cordelia estaba una fila detrás de la suya y dos mesas más a la derecha, y Leandro tenía que retorcer el cuello para poder

mirarla, así que llegó a casa enamorado y con tortícolis.

Su madre estaba en el salón resolviendo el crucigrama del periódico. Leandro pensó en cómo se las apañaría su madre para decirle a su padre que le quería. Su padre y su madre, hacía ya un montón de años, se habían enamorado. Si su madre le contaba cómo lo había conseguido, le ayudaría; ya que, por el momento, no se atrevía ni a pedirle una goma de borrar a Cordelia.

—¡Fácil! —dijo su madre con una media sonrisa asomando debajo de la nariz—. Le envié un ramo de flores a la oficina. ¡Sus compañeros de trabajo me contaron que se puso rojo como el culo de un mandril! Pero se enteró. Vaya si se enteró.

Leandro pensó que era una gran idea y se pasó la tarde tratando de componer un ramo para Cordelia. El problema eran las flores. Su casa no tenía terraza ni balcón, y las únicas plantas que encontró fueron los cactus de plástico del lavabo. Fue al jardín, pero el vigilante no le quitaba los ojos de encima y, además, las plantas estaban todas sucias de la contaminación. Después buscó en el parque, pero allí tan solo crecían árboles delgaduchos y asmáticos, y en los parterres, en lugar de flores, encontró un montón de papeles. Después

de recorrer el barrio volvió a casa, cansado y con un hambre feroz. Al abrir la nevera encontró la solución.

–¡Lechuga! ¡Remolacha! ¡Zanahorias! ¡Perejil! ¡Las flores! ¡Las tengo! –exclamó Leandro. Al momento compuso un ramo con las verduras para el cocido y unas acelgas.

A la mañana siguiente, sin que nadie se diese cuenta, dejó el ramo dentro de la mochila de Cordelia. Tocaba clase de ciencias y la maestra les pidió una mochila que estuviera vacía para hacer un experimento.

–¡La mía! ¡La mía! –saltó Cordelia–. ¡No llevo nada! ¡Me he olvidado los libros y los deberes en casa!

Algunos alumnos se situaron en el patio, debajo de la ventana del aula, que se encontraba en el quinto piso. Y unos cuantos sacaron la cabeza por la ventana. Los que estaban en clase gritaron: «¡Ya!», y lanzaron la mochila desde lo alto. Los alumnos del patio cronometraron cuánto tardaba en chocar contra el suelo.

Luego, la maestra les propuso meter un par de libros para demostrar que la velocidad de la mochila aumentaba con el peso. Cuando Cordelia abrió la mochila exclamó:

—¡Puaj! ¿Quién ha dejado esta menestra de verduras dentro de mi mochila?

Y arrojó el ramo al suelo con tanta fuerza que la menestra pasó a convertirse en sopa jardinera.

La clase entera se echó a reír. Menos Leandro, claro. No dijo nada. Le entraron ganas de gritar que aquello no era una sopa de verduras, sino las flores de un ramo repleto de amor, pero le dio apuro.

Durante día y medio, Leandro se sintió igual que el ramo: chafado, espanzurrado, triturado, aplastado y estrujado. Pero pronto se hartó. Tanta tristeza le aburría y, para distraerse, se sentó a meditar en la salita de la tele: una habitación pequeña y oscura, amueblada con un sofá, la tele y la yaya. La yaya era dura de oído, pero la sordera no le impedía pasarse todo el día delante de la tele, cambiando de canal cada dos minutos.

Leandro le dio un beso y se sentó a su lado. La yaya estaba mirando una serie de aquellas tan tremendas, en las que los guapos primero son pobres y desgraciados y al final son ricos y felices. La protagonista, que aún era pobre y desgraciada, justo en aquel momento se había puesto muy contenta porque su enamorado le había mandado una carta declarándole su amor.

–Yaya, ¿te gustaría recibir una carta de amor?
–gritó Leandro para que le oyese.

–¡Nunca me han gustado los canelones con bechamel, majo! A mí lo que me chifla es la langosta a la americana.

Leandro, al oír la respuesta de la abuela, se lanzó a escribir una carta para Cordelia. Estaba más claro que el agua que tenía que decírselo, tenía que abrirle su corazón y dejar circular el tractor ruidoso de su amor. Y como no se atrevía a hablar con ella, la carta le parecía una idea macrobestia. Le escribió que era la niña con la risa más escandalosa de toda la clase. Y la más forzada. Y que los cien clips de color rosa que llevaba en la cabeza eran lo más fantástico que había visto nunca. Y que sentía una gran admiración por su colección de chicles mascados. Y que no sabía exactamente el porqué, pero se moría por compartir pupitre con ella. Colección de chicles incluida.

Leandro preparó su desayuno favorito, bocadillo de atún, y escondió la carta en su interior. A la hora del recreo, se acercó a Cordelia y le ofreció el bocadillo:

–Toma, Cordelia. Te regalo mi bocadillo de atún porque... ¡porque tienes toda la pinta de que te guste el atún!

–¡Gracias! ¡Me he olvidado el bocadillo de mortadela con chocolate en casa! –contestó Cordelia mientras le arrancaba de las manos el bocadillo con tal energía que Leandro dio tres vueltas sobre sí mismo—. ¿Y tú? ¿No desayunas? Si quieres, lo partimos...

–No, no, es que... ¡tengo diarrea y no puedo comer nada! –contestó Leandro, medio atontado por tanto giro, y salió corriendo para esconderse detrás del único escondite que había en el patio: el poste de la canasta de baloncesto. Desde allí, con un ojo miraría lo que hacía Cordelia sin que



ella se diese cuenta, y con el otro ojo esquivaría las pelotas que no encestasen.

Leandro vio cómo Cordelia le hincaba el diente al bocadillo.

Vio cómo Cordelia se detenía, extrañada, saboreándolo. Y vio cómo Cordelia se terminaba el bocadillo en setenta y ocho segundos (eructito incluido). Cronometrado.

Cordelia, mientras se ponían en fila para volver a clase, le comentó:

–Leandro, ¡tu bocadillo tenía un sabor a papel genial!



Leandro salió del colegio muy desanimado. Aquella tarde, su padre le fue a buscar para llevarle al dentista. En la sala de espera, Leandro le preguntó a su padre cómo había logrado decirle a su madre que la quería.

–Bueno... Ella me mandó un ramo a la oficina y yo la invité a un congreso de comedores de bistecs de buey. Fuimos juntos y, mientras mirábamos cómo se cocinaba un buen bistec de buey, le dije que la quería y nos dimos nuestro primer beso.

Leandro decidió que eso era lo que haría: pasar a la fase de acción directa. ¡Fuera ramos! ¡Adiós cartas! Aquella tarde le propondría a Cordelia que fuesen juntos a jugar al parque. Una vez allí, cuando estuviesen solos, le contaría que cada vez que la veía, un ejército de hormigas bailaba la conga dentro de su estómago.

A la salida de la escuela, Leandro le dijo a su amiga que podían verse al día siguiente. Cordelia sacó la agenda y la estudió un largo rato, concentrada.

–A ver, mañana no puedo: tengo clase de artes marciales a la seis y ballet a las siete. Y pasado mañana... ¡Tampoco! Tengo gimnasia rítmica y microinformática. A lo mejor, el fin de semana, eso si mis padres no me llevan al teatro, al museo

o a casa de mi tía. Si lo puedo arreglar, te llamo.
¿De acuerdo?

–De acuerdo –respondió Leandro, hecho polvo, mirando al suelo, buscando su corazón pequeño y encogido.

Cordelia se fue mientras apuntaba una nota en la agenda, y Leandro regresó a casa arrastrando los pies. Ya tenía la respuesta. Cordelia no quería saber nada de él. Le encontraba un pesado. Sí. Le parecía un pelota. También. Creía que era... ¡No! Eso sí que no quería ni pensarlo, pero era evidente: creía que era... ¡feo!

Aquella noche, Leandro no pegó ojo. Dio vueltas y más vueltas en la cama hasta que se levantó para mirarse al espejo. Sí. Era feo. Y siempre se había sentido orgulloso de serlo. Su madre, cada dos por tres, le decía que era el feuchito de su corazón. Y su padre no dejaba de repetirle que tenía la cara más interesante de todo el barrio. ¡Hasta le habían confesado que era hijo único porque estaban convencidos de que no les saldría otro hijo tan estupendo! Pero, mira por dónde, Cordelia no quería ir a jugar con él al parque porque era feo. «¡Pues que Cordelia se fuese a freír espárragos trigueros o cualquier espárrago que le apeteciese freír!», pensó Leandro, triste y enfadado a la vez.

Ese sábado, Leandro se levantó sin ganas de salir. Se quedó en casa practicando muecas delante del espejo, un juego que solía animarlo bastante. Y después de ver una película de marcianos con su tía, se pasó la tarde navegando por internet, consultando la página del concurso anual de feos.

Por la noche, sus padres le llevaron al cine a ver una película en la que salía el actor favorito de su madre, que no dejaba de suspirar diciendo: «¡Es un feo tan guapo!». A la mañana siguiente no se pegó ni un centímetro del teléfono. Pero nada.



El aparato no dijo ni mu. Por la tarde, su padre y su madre empezaron a preocuparse.

–¿Qué tienes, Leandro? ¿No sales al parque a asustar a tus amigos? –le preguntó su madre.

–Ya no tengo ganas de asustar a nadie.

Al oírlo, su padre se levantó del sofá y le dijo:

–¡Tonterías! Ahora mismo te preparo un bocadillo de atún y te vas al parque a asustar o a lo que te apetezca.

Y Leandro se fue. No quería que sus padres se preocuparan por él. Se comería el bocadillo en un santiamén, contaría moscas para distraerse y al cabo de un rato volvería a casa. Pero al llegar al parque, Leandro se quedó helado. Allí, sentada en un banco, estaba Cordelia mirando embobada cómo un perro hacía pipí. Iba peinada con cuatro trenzas y cincuenta clips, y llevaba puestas tres faldas de color rosa fucsia, una encima de otra. Leandro la encontró preciosa y sonrió. Hasta que, de repente, se acordó de que estaba enfadado con ella y se sentó en otro banco, lo más lejos posible.

Cordelia, en cuanto lo vio, se acercó corriendo.

–¡Eeeeh! ¡Qué bien que hayas venido! ¡Ayer me pasé toda la tarde y toda la noche llamándote! ¡Por la tarde comunicaba y por la noche no me contestó nadie!

Leandro no supo qué decir. Entonces recordó que se había pasado la tarde en internet, y últimamente, cuando se conectaban, la línea de teléfono de casa hacía cosas raras. Y por la noche, su tía se había quedado sola mientras ellos iban al cine, y, claro, ¡la tía está sorda! Pero Leandro se resistía a creer las excusas de Cordelia.

—¿Y por qué no me has llamado esta mañana? ¿Eh?

—Porque no estaba. Mis padres me han llevado a ver el Museo de Dentaduras Postizas. Te lo recomiendo. Eh, venga, tengo una idea. ¿Partimos mi bocadillo? ¡Hoy es de chorizo con mermelada!

Y Cordelia se sacó de la mochila un bocadillo de dos palmos y medio. Leandro le ofreció el suyo.

—Es... de atún, como el que te regalé el otro día, en el recreo... —dijo medio avergonzado. Él, que nunca sentía vergüenza, cuando estaba con Cordelia se convertía en un chico tímido y apocado.

—Mmm... ¡Qué bien! Primero nos comemos el mío y después el tuyo.

Cordelia levantó el brazo derecho, emitió un aullido, algo como «¡laeijsuuu!», partió el bocata con un golpe seco y preciso de karateca y le dio la mitad a Leandro. Este se quedó mirando, fascinado. La energía de Cordelia era uno de sus en-



cantos. Y cuando se disponían a hincarle el diente al bocadillo, el perro que un momento antes hacía pipí levantó la cabeza, olisqueó el aire y se lanzó sobre Cordelia. Bueno, sobre Cordelia no, más bien sobre su trozo de bocata.

Cordelia le practicó una llave de kárate. El perro, en lugar de huir o quejarse, se partió de risa, preso de un ataque de cosquillas, y luego se escabulló de los terribles brazos de la niña para lanzarse sobre la mitad del bocadillo de Leandro. Este echó a correr y el perro fue detrás.

Durante un buen rato, Leandro y el perro protagonizaron una persecución por todo el parque. Leandro corría con el bocata como quien lleva la antorcha olímpica. Mientras, Cordelia, de pie encima del banco, le animaba vociferando: «¡Leandro, Leandro!». Unos niños que estaban jugando a monstruos del espacio detuvieron el juego y se unieron a gritar con Cordelia. Y unos abueletes que echaban una partida de mus intentaron despistar al perro lanzando las cartas bien lejos para atraer su atención. Pero el chuchito tan solo corría y corría tras Leandro, pegando brincos para morder el bocadillo. Leandro, rojo, sudado, casi sin respiración y a punto de reventar, pasó frente a Cordelia y esta le lanzó un sonoro beso. Leandro se quedó mirándola durante medio segundo, embelesado. El problema fue que el perro hizo lo mismo y, de repente, se lanzó sobre la desprevenida Cordelia y le quitó el bocadillo. Cordelia enmudeció del susto y Leandro reaccionó.

–¡Eh! ¡Tú! ¡Chucho asqueroso, pedorro, rabioso, piojoso, colicorto, apestoso! –chilló Leandro echando chispas.

Al oírlo, el perro, que sujetaba el bocadillo de Cordelia entre los dientes, miró a Leandro y este

le dedicó una de las muecas más horribles de su repertorio: los ojos en blanco, la lengua moviéndose en círculos como unos caballitos de feria acelerados, las orejas mirando al cogote y las mejillas retorcidas como dos ensaimadas. El perro, asustado, dejó el bocata y se largó a toda pastilla, con el rabo entre las piernas. Cordelia saltó del banco y abrazó a Leandro, entusiasmada.

—¡Leandro! ¡Eres mi héroe olímpico! ¡El caballero salvador de mis sueños!

Y los niños que jugaban a monstruos del espacio y los abueletes de la partida de mus exclamaron todos a una: «¡Ooooooh!». Y Leandro, medio asfixiado por la fuerza y el empuje del abrazo de Cordelia, le devolvió el bocadillo lleno de babas de perro. Cordelia lo aceptó enternecida.

—Gracias... Lo guardaré en mi cajita de recuerdos especiales.

Desde aquel día, Leandro y Cordelia se hicieron inseparables y compartieron pupitre. Cada día, Leandro le llevaba a Cordelia un chicle masticado para su colección, y Cordelia le invitaba a bocadillos tan exquisitos como el de jamón ibérico con nata montada, o el de crema catalana con cebolla en escabeche. Y cada noche, antes de irse a dormir, Leandro abría una caja de zapatos

rotulada con el nombre de Cordelia y miraba con cariño la mitad de aquel bocadillo que tanto le había ayudado a fortalecer su amistad con su amada. Por supuesto, a escondidas de su madre, que cada vez que entraba en la habitación olía y olía y exclamaba: «Leandro, ¡esta semana tampoco te has cambiado los calcetines!».

